

# Angostura:

EN DEFENSA DEL **LEER**

MARIANA BERNÁRDEZ | ILUSTRACIONES: IRMA BASTIDA HERRERA Y ROCÍO SOLÍS CUEVAS







# Angostura:

en defensa del leer



COLECCIÓN LETRAS

*En busca*  
  
*del lector*



# Angostura:

en defensa del leer

Mariana Bernárdez



ILUSTRACIONES: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas

**FOEM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli,  
Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce,  
Laura G. Zaragoza Contreras

*Secretario Ejecutivo*

Alfredo Barrera Baca

*Angostura: en defensa del leer*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del  
Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno  
del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Mariana Bernárdez Zapata, por texto  
© Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas,  
por ilustraciones



ISBN: 978-607-490-335-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la  
Administración Pública Estatal CE: 217/01/12/21

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de  
esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin  
la autorización previa de la Secretaría de Cultura y  
Turismo del Gobierno del Estado de México, a través  
del Consejo Editorial de la Administración Pública  
Estatal.

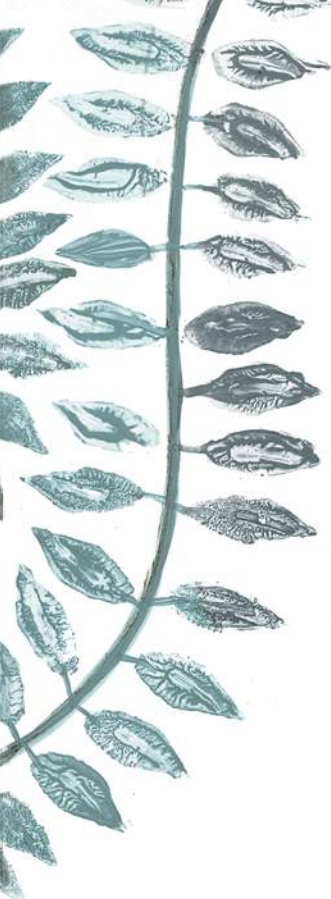
*A los ojos de José por las montañas que los habitan*

*A Bernardo, Félix, Amaya, Julieta, Lucía, Ana y Jesús  
por los muchos libros*










Implicada con la soledad la línea viaja para cortar  
el terso cordón del pensamiento

RAÚL RENÁN  
*Educación de la línea*


A name for something that never could be named

WALLACE STEVENS  
“It must be abstract”

Nadie sabe lo que hay en ese  
libro; qué oscuras frases lo llenan  
de inquietud; ni qué luminosas  
conclusiones lo libran de la sombra



NUNO JÚDICE  
*Libro de agua*







## Angostura

**E**strenamos el mundo leyendo. La primera lectura, la de la mirada que se extiende para cifrarlo en las imágenes apresadas por la memoria, conformará esa geografía inicial que será añorada por su plenitud. Del gesto al signo habrán de ser los labios sobre el oído los que nos enseñen el lenguaje, para luego entrar al colegio y entonar las canciones en corrillo; hacer dibujos con crayolas para que la mano gobierne la hechura de la línea, profile el contorno de la casa, adiestre el movimiento de la forma en acecho del enigma que yace en la hoja. Misterio, sed y avidez de misterio.

Dibujar-escribir-deletrear; y la mano ensaya, lo que el ojo aprueba, la destreza de una acrobacia que asombra cuando se hilan las letras del nombre, y en ese trazo se reconoce. Nombrar



es conquistar, ganar territorio, ahí por donde se van sembrando palabras para leerlas.

Leer para aprender a leer, para construir la vida, para acelerar el pulso, leer la nube, las sonrisas, las sombras al alba, la silueta apenas delineada que acusa la huella del león en la tierra aprisionada; leer la mañana por el olor del café y contemplar cómo la bruma retira su velo; enredar la madeja de la caligrafía al ir mascullando el abecedario, silabear..., y un buen día abrir el cerrojo de la oración, experiencia de honda cala: leerse-escribirse, acción que habrá de salvarnos de la ceniza y del olvido.

¿Qué habría sido de los veranos sin *Las mil y una noches*, *El poema de Gilgamesh*, *Moby Dick*, *La isla del tesoro*, o los versos de sor Juana?, ¿quién pudiera, como Alonso Quijano, vivir para leer? El sólo roce sobre las páginas anticipa una intimidad, los sentidos se alertan para aquilatar el gramaje del papel, admirar el equilibrio entre los márgenes de la caja y la tipografía, apreciar el peso del ejemplar para saber si habrá de llevarse en el

bolsillo, o deberá ser consultado sobre una mesa, o si será un compañero propicio para la noche; el olor de la tinta acusa el paisaje que se tiende ante los ojos, ese aventurar descrito en el Cantar de los Cantares, tras el que se esconde la corza furtiva. Leer es un gozo, y conocer, una alegría.

Sin duda, el libro es “maravilla de maravillas”, su relumbre desafía el tiempo al tender un puente entre dos silencios y demostrar la trascendencia del pensar, del perderse y del hallarse...; alguien, en algún lado, en algún momento escribe; y otro alguien, bajo otra circunstancia, se adentra en su escritura, lo escucha..., ¿y por qué alguien escribiría un mensaje para atravesar el mar de los días?, y sólo puedo repetir lo que Marguerite Duras en *Escribir* nos descubre: *un libro abierto también es la noche*.

¿Cuál será el límite cuando la letra cautiva la vastedad de los ojos?, ese árbol empieza a crecer hacia dentro porque viene de lejos, es la escritura antigua del viento que nada detiene porque un libro también es el desierto, y escribe Edmond Jabès, en

“Lengua fuente    lengua blanco”: *No hubo, para nosotros, ni marchas ni regresos. / Hubo la larga y difícil travesía del libro. El libro ata, dirá después, pues llevo todos los caminos dentro de mí.* El hombre pertenece a su linaje, ese lugar donde se revela el entrecruce del destino; ahí donde lo posible y lo no posible se propagan.

Crecí entre libros, y hubo títulos que ejercieron una fascinación distinta porque a través de ellos intuí que el cuerpo era el espacio de la carnadura, de la carnalidad, y, contrariamente a todo supuesto, tal sujeción es de una extrema fragilidad: sus fiebres y sus causas pueden mostrar síntomas confusos, y sabemos que la gradación del dolor depende de la dolencia. ¿Dónde radica su “exquisitez?”, supongo que en la perfección de sus órganos, sus músculos..., no hay parte alguna que no delate su finura y su extraordinaria complejidad.

Leer el cuerpo lleva a entender el acto de la lectura como una postura existencial. Al leer, todo el cuerpo se implica y se



compromete. ¿Cómo olvidar el *Tratado de anatomía humana*, de Testut, o los grabados enigmáticos del *Tratado de alquimia*, de Tomás León, o la *Anatomía de la melancolía*, de Burton...? Los devaneos de la mente, su refinamiento, el engranaje hacia las emociones, a los sentidos...; el cuerpo escribe su testimonio y su lengua permanece secreta ante la muerte imparable.

Quizá los libros sean los burladores de la parca al atrapar algo de lo que escapa sin remedio, esa duración en constante fluir, esa fuente que suena en el interior, ¿cuántos ríos no se han cruzado desde entonces, desde siempre, para dejar de ser y seguir siendo los mismos? Esta simultaneidad, esta contradicción tan discutida a lo largo de las épocas, acontece para entramar lo cotidiano.

Quizá los libros no esquiven el tajo decisivo y la pretensión sea sin más “vanidad de vanidades” que confirma un reiterado fracaso, pero sé de cierto que si mi condición se define por ese caer, me gustaría hacerlo leyendo en voz alta los versos de Huidobro en *Altazor*:



Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito

Cae al fondo del tiempo

Cae al fondo de ti mismo

Cae lo más bajo que se pueda caer

Cae sin vértigo

A través de todos los espacios y todas las edades

A través de todas las almas de todos los anhelos y todos los nau-

[fragios

Cae y quema al pasar los astros y los mares

Quema los ojos que te miran y los corazones que te aguardan

Quema el viento con tu voz

El viento que se enreda en tu voz

Y la noche que tiene frío en su gruta de huesos

Algo cae y habita en el espacio de la página, algo que inquieta de tal modo que transgrede el saber que nada poseemos; algo que late entre sus pasillos y que enlaza al escritor y al lector en

un galope inigualable hacia ese firmamento que respira entre las líneas. ¿Un tercero ausente?, cómo dejar de lado esta máxima escrita por Ramón Xirau: *quede la pregunta en pregunta...*

Y silba en su lenguaje el viento que enamora...

Los múltiples soportes del libro y la transformación constante de su materia, ya sea la piedra, la arcilla, el bambú, el bronce, la cerámica, el papiro, el pergamino, el papel o la pantalla electrónica, revelan la insistencia de preservar un entendimiento, una comprensión que es puntal para que el estar en el mundo sea un bien hallarse.

Se trata de una experiencia vital, entusiasta, una celebración de la memoria en uno de sus aspectos más entrañables: el fabular como sentido de juego. ¿Quién no ha querido inventar la vida y sorprenderse ante el mono-diálogo que se despliega en una cantata de múltiples personajes?, sólo a través del “empuje de lo lúdico” cobra sentido la acción narrativa del yo; en

el fabular, el tiempo memorioso del sujeto, es decir nosotros, se torna presencia.

Comentaba Borges en una entrevista que *la lectura debía ser una forma de felicidad*. Y creo, sin más, que el tedio no tiene cabida para aquellos que se embarcan en las aguas de su cielo prometido. Sin embargo, la urgencia de lo inmediato interrumpe la navegación y sobreviene, inevitablemente, cierta amargura pues, ¿quién no ha sentido el apremio del llamado del libro? Difícil no responder a esa pasión de querer saber qué habrá de ocurrir con la trama recientemente estrenada. Sin más se quisiera que las horas de lectura fueran una amorosa dilación, y que el placer perdurara... Prodigio irrefrenable.

Memorable la frase que da inicio a *Moby Dick*, esa inolvidable novela de Herman Melville que reza así: “Llámame Ismael / Call me Ishmael”. Tal es el imperio de su seducción que dilata la espiral del pensamiento, y otros libros ya leídos, ante el poder

de su evocación, acuden en tropel. Leer es un asemillarse que requiere tiempo; leer requiere nuestro tiempo.

Siempre me ha tranquilizado estar entre libros. En *La feria de las tinieblas*, novela de Ray Bradbury, la biblioteca y el bibliotecario figuran como un espacio donde se resguarda aquello que sustenta el orden, la cosmización, lo civilizatorio, rondando además entre sus pasillos la sombra y los monstruos, y más allá de sus anaqueles, más allá de más allá, ni los monstruos...

Lo cierto es que hay un sosiego que va invadiéndonos con el simple hojear. En los últimos años algunos de los míos han muerto con una pérdida paulatina de memoria; mientras la enfermedad avanzaba, su amor por los libros se acrecentaba. En muchas ocasiones los veía acariciarlos, quedarse dormidos sin dejarlos de sostener porque en este gesto hallaban lo necesario para seguir estando o para desprenderse. El desolvido pocas veces es aplaudido, pero ¿cómo prepararse para la muerte si no es afilando la daga que habrá de cortar el cordón que nos une al mundo...?

¿Habrán surgido otras maneras de lectura para explicar la belleza y lo efímero?, ¿o se padece una dolencia desconocida que repudia algo tan natural como es el admirarse ante lo sutil? El desdén manifiesto encubre una preocupación inquietante: ¿cómo entonces descubrirse, convivir, morar? No tengo una respuesta, y al escribir esto que ahora leo, vino a mí el verso de César Vallejo: *serán tal vez los potros de bárbaros Atilas*.

Lo que sí sé es que cuando se lee no es posible darle la bienvenida a la barbarie, y que en su práctica la desmesura, tan anhelada, sobrecoge; aunque su atisbo se sujete al instante.

Leer nos hace libres porque en su afán se abren los caminos y al andar se descubre quién se es, y ello no es poca cosa; es sin duda el viaje del héroe el que nos lleva a ganar nuestra ciudadanía.

Leer para escuchar el siseo de lo que infatigable habrá de cumplirse, mientras el azar reina sobre la baraja..., y en ese contar,

ser cantados, cantar que nos cuenta, una y otra vez, para confirmar el principio de complicidad donde “ese algo” se vuelve “un alguien” que nos observa con detenimiento detrás de la combinación de los vocablos y sus símbolos ocultos. Alguien. ¿Angostura? Vínculo de difícil evasión ya que al sabernos mirados nos sabemos afirmados. Resonancia. Percusión. Ritmo. Vibración. Cierta temblor se adentra y termina por anidarse.

¿Debe hacerse una defensa de la lectura? Arriesguemos la cuestión: ¿peligra su oficio?, eso testimonian los que atropellan con su verborrea y perorata de merolicos. Aseveran que el ruido y la ignorancia van ganando la batalla. Pero el palabreo que se enrama dibuja en la mente la extensión de las montañas, apuesta por mares increados, y regala la perla más blanca con la que se huye en cabalgar de fuego por las sierras hasta recorrer el desierto donde fascina el musitar de las sirenas; y soñar, soñar la noche, soñar con la inmensidad de los ojos de Helena que contemplaron la caída de Troya.



Habrá otras ensoñaciones como la del bisonte en la cueva de Altamira o la del grupo de leonas en Chauvet,  para qui  esos apuntes?, para los otros que habrán de venir, que habrán de buscar, los otros que van tras el rastro de lo ya tocado, preguntando, como lo hace Dolores Castro en su verso fulgor: * d nde queda lo vivido?*

De la imagen a su contención animada dentro de la palabra, cada letra será habitada por un gorjeo en revoloteo, porque en el lenguaje la totalidad se fractura para inaugurar el infinito de posibilidades: tantas palabras, tantos libros. La frontera es la imaginación y el confín, un umbral que no siempre habrá de ser atravesado, pues reverbera en su cerco una impronta en señal de que la emoción también es un don preciado y que el misterio alumbra el nacimiento de la frase.

En cada sílaba han hecho morada otras, presencia blanca, que anda canturreando entre la tipografía y sus capitulares.  Acaso en este declarar lo escrito el hombre transparenta su corazón y

su palabra verdadera: la de ese tiempo cuando el silencio en su inocencia todavía dormía? ¿Acaso en ese pronunciarse no se intuye “lo previo”, la raja de lo profundo que agranda el rumoroso caudal del latido? ¿Acaso no se lee para hallar dentro de sí esa palabra seminal?

Ser entonces hombres de palabra, de alfabetos distantes y próximos, de cruces y azares, y sea en el ocurrir de este acto radical, en este hablarnos y leernos, el entregarse al otro, en ese nombre indomable por el que se responde y por el que nos hacemos presentes ante los demás.

Quizá en los libros aliente el mismo deseo antiguo de las obras faraónicas: que el nombre sea repetido por los siglos venideros a fin de perdurar en la eternidad. Palomica atrapada en los versos de san Juan...

La blanca palomica  
al arca con el ramo se ha tornado,



y ya la tortolica  
al socio deseado  
en las verdes riberas ha hallado.

De cerca y de lejos, la lectura es expresión de los extremos que se tocan; principio y fin de un laberinto que construye un registro minucioso y autobiográfico; exploración dada por el interpretar, donde el sujeto se torna, de modo simultáneo, en lector y en escritor, y naturalmente, en objeto de indagación: un Narciso que se contempla largamente en el espejo del agua, creyéndose otro, enamorándose de ese otro..., hay un desplazamiento que transita de la ceguera a la revelación de la muerte que *el poeta canta para apartar*, así la evoca en su arcano Clara Janés.

Condición confesional, íntima, el viaje no termina al cerrar los ojos o el libro, es una ventana desde la que se observa el parque y la lluvia, la ensoñación de alguna vez Venecia, la plaza de San Marcos, el *caffè* Florian... una súplica que se suma al verso de Arreola: *¿Dirás por fin mi voz desde el abismo?*

Leer y a la par ser leído... y entre un arrojarse y otro, tal confluencia genera una semejanza que no ha de soslayarse, la de la integridad de la persona, ¿de qué otra manera saber lo que significa ser portadores de palabras, es decir, herederos y hacedores de la historia?

Cartografía inédita, cuaderno blanco, leo para ser escrito, prisma bifronte, símbolo del canto en su desdoblarse, yo y mi otro yo, reflejo gemelar, ambos somos viajeros y aún desconocemos el destino final, pero ambos deseamos ser inscritos en el libro del origen, el de la vida, el de la muerte, porque vana nunca es la existencia..., y por eso las leonas de Chauvet siguen acechando a su presa y el bisonte de Altamira, vagando por infinitos pastizales.





EN DEFENSA DEL LEER













“Esto es un libro”, me dijo al ponerlo sobre mis manos que aún no sabían hacer el lazo de los zapatos; toqué el borde de su lomo sin entender al momento la ventana insondable ni el oculto viaje prometido que habría de consolarme, por siempre, del huir de las horas. El azul intenso de su portada sería el solar de mi infancia.

Un libro como mar, y un mar donde el olvido rendía sus armas en tributo; sea el pasar de las hojas un quebrar donde la lisura del papel dejaba correr la tinta a golpe de latido.

Un libro. Una voz coral de antes, del limo, de lo atonal que anunciaba el estallido de sentido cuando el habla se incendiaba para liberar el pájaro de su corola.



Un libro como un árbol, un árbol como las lenguas que anudan  
el alma para echar andar la vida.

Abrirse. Fracturarse para ser atravesado por el manantial en su  
agitar y por su raudal de letra enalzada de viento.

Esto que escribo. Esto que leo. Esto que es palabra que habito,  
este bosque que revolotea incendiando el lenguaje.

Mirábate con toda la luz y la tiniebla que poseo

GIÓRGOS SEFÉRIS  
“Solsticio de verano”

*La seda fue encanillada pensando que habría de recordar en su agitación un revuelo de alas, ese apenas roce de la pluma al levante del aire, que sin abatir la hondura de la que fuera brotando, era silbo del antes del alba.*

*Esa ave que arrebola detrás de la arboleda perdida trina extrañamente, ¿diserta, reza, implora? No. Trina.*

*Y miro desde lo alto de la fronda la fatiga de la noche y la antorcha de los montes que va deslavando el mendrugó del tiempo, acaricio el libro que*



*acompaña y siento el sosiego que otorga su compañía. Hubo otros que miraron antes lo inabarcable del cielo, que miraron con toda la luz y toda la tiniebla que poseyeron.*







## I

**E**sto que sobreviene al leer: lo inédito, lo novedoso, lo que maravilla, esa singularidad que deja tras de sí el hueco que acusa lo ido: claro que ampara la luminosidad. Lo apenas audible, creciente que rasga la quietud del aire y magnifica la levedad.

Algo se hace escuchar en su desprenderse, quedando sin resguardo, a la intemperie, pero quedando, extrañamente, bajo cobijo. Arrebatado por el impulso que lo arrastra, en la urgencia que reclama ser dicha, germina en el balbuceo.

El inicio es un resquebrajamiento, y da carácter a lo por venir: la pregunta sin respuesta; la duda donde el azar dispersará su risa

queda; lo inconcluso coronando la lanza que quebrará sus picas ante el hallazgo.

Sin saberse por qué, el habla confunde el suspiro con el siseo. El lenguaje que se enreda en la boca, y en el pie y en el tronco, y que germina en rama acompasada por la altura. La detención que obnubila el ojo, el ojo que refulge y contrapone su metáfora a la de la boca, el desplazar del vocablo a la imagen, de la imagen al destello: punto cero, banco de niebla...

La voz atruena, pero no hay lengua que diga su fuego. Vértigo que anuncia el aparecer; y, entonces, pensar la destrucción del lenguaje.

Si la negación fuera un derrumbe se alegraría su presencia, pero rebasa el discurso.

No basta enunciar su imposibilidad para descubrir su rebalse, y sólo queda aceptar que no hay frase capaz de contenerlo, de cautivarlo.

¿Y para qué plantear la cuestión o el rictus de poner la semilla debajo de la lengua?

La escritura se rompe y se recompone, y por su ranura se avista lo que es y no es; esa su espina que cela lo llamado “el otro lado”...

Si el lenguaje es un mundo, lo existente proclama su contrario: el silencio.

Y gravita el corazón y, en su pesar, toca la cicatriz, o el borde de la herida, o la grieta, ¿un camino? El equilibrio ocurre en el oscilar y la dualidad mostrada es un remontarse que preserva lo inaugural: una angostura: una pasión de leer.



Y en esa pasión, ¿se tocará lo borrado?, ¿habrá un tálamo?, o en el blanco ¿un ímpetu de imposible derrota?

Lo que no se nombra no se comprende, y lo que no es tocado por la razón amenaza con su mordedura salvaje. Sea declarado el enigma: lo oscuro que todo lo arranca y devora; *belleza de lo terrible*, dirá Rilke en sus *Elegías de Duino*.

## II

Lo caído. Lo quemado, la presunción de que algo cayó o algo fue quemado. La hipótesis que se anula, la espiral de lo clandestino, la palabra que no se apropia porque se teme el filo que ostenta. La palabra que se aduerme al amparo de nuestro aliento.

Y asalta la noche con su remolino y su ventolera, irrumpe con su tropel de sombras, y en esa conciencia alterna, hablo con mi padre, con mi abuela, con los muertos que me dicen no estarlo, y escucho el movimiento transparente de sus dedos, mientras el tropel de la razón me apremia a despertar y detiene el gesto de darle a Caronte el par de monedas para cruzar.

Se me astillan las lágrimas, relumbran y lloran el mar. Del otro lado alguien espera. La avidez por volver se me ha vuelto un hallazgo..., sean así los modos del viento cuando leo la noche y sus letras. Esto que leo, esto que escribo y esto que será leído por otro, que no yo.

Persuasión probable. La disyuntiva abre su juego: al morir se muere uno del todo o se recupera la memoria total.

Persuasión improbable. Echo en falta fumar, contemplar las volutas de humo ascender, el olor del tabaco, la compañía insinuada; pero es de noche y mis ojos retrazan la silueta de las flores atrapadas en la mascada de la abuela, ¿qué me diría en este momento donde la simetría recorta la forma de los objetos, cuando tu cuerpo se ha abandonado al estío del sueño? Los ventanales delatan los ciruelos, y la noche atesora la respiración del mundo.

Veo mis dedos marcados con la tinta, luego recorro el ramo atrapado en la mascada. La noche. La mascada es de seda cruda y sus



flores son negras. Recuerdo cómo la ponía alrededor de su cuello, sus manos nudosas, su boca pintada de rojo enfatizando la comisura de los labios para resaltar la importancia de lo por decir, la palabra que se da, y que al darse, arrincona la ferocidad de la tribulación.

Des//bordarse.

Tengo miedo; es de noche y presiento lo infatigable de lo vivo. Tengo miedo, ¿o el miedo me tiene a mí? Nos tenemos mutuamente..., y la bruma del Bósforo asalta mis sentidos. Días felices en el ejercicio de la no atadura, en la sensación de ligereza, en el caminar que reduce la atracción hacia el abismo, que *con.centra* provocando la travesía hacia dentro y que defiende la vocación dual del paseante: deambular y cavilar sin rumbo alguno.

Tocar en ese descuido la carencia acusada por la migaja de lo ido, signo del resonar, y en tal rebase desnudar lo abierto, y tocar su tachadura invencible.

El pensamiento se alza sobre una ausencia y acecha su origen. Entre el cazador y lo furtivo se encuentra comprometido el equívoco.

Tal curvatura sobrepasa lo impar, se trata de la cresta de la ola que en su creciente delata su arte combinatorio, arte ya deslavado en el grano que rueda por el tiempo. Es lo dado por la suerte, su fuera del margen, y el cantarle no es condición de su aparecer.

Lo cierto es la nostalgia, el deseo..., ese oscuro y prístino animal, ¿o será que en los labios que retornan para besarse se intuye el ser?

Tan cercana la sospecha al delirio. Tan cercano el beso al lenguaje que se lee.





## III

“Las cicatrices son memoria”, atestigua Irma Pineda. La cicatriz es una carnadura que afirma una pertenencia y anuda el hilo del Sutra, del rosario, y de la plegaria. Entre lo herido y la herida se desarrolla una *liturgia de vuelo*, donde *el poema es una cicatriz, y su marca, una incitación*.

El poema duerme dentro del libro, en la cuenca que se conforma entre sus bordes, lugar donde el albor se torna espejo para que los ojos se reconozcan o se vuelvan cuchilla que se alza para asestar el golpe fatal, o cadena que adorna el cuello del tirano, o jinete a galope por los versos de García Lorca:

Jaca negra, luna grande,  
y aceitunas en mi alforja.

Aunque sepa los caminos  
yo nunca llegaré a Córdoba.

Del poema al río brota el agua que lava el cielo en su amanecerse. ¿Un acantilado?, lo cierto es su tramar fundacional bautizado por Novalis como *flor azul*.

Leer como pintar, pintar en el oficio humilde que va tras el salto del punto a la línea, de la línea a la forma..., aquí el canto de la cornamenta, allá la lanza en ristra impulsada por el músculo, afinada por la agudeza exhibida en el engranaje de ojo-brazo-punta hacia el correr de la presa...

La línea es un bosque que extiende su aliento hasta el horizonte.

Apresúrate, cervatillo, piérdete en la arboleda, que rebote la lanza contra algún tronco, que la albura es un mistral y hasta el lobo ronda el collado que se



deshilvana sobre el papel..., corre..., y la mano persigue el dictado de lo numinoso, y de lo no tan numinoso...

El copista se contiene, se arrebola, sus dedos semejan el plumaje que imanta con su tiento al universo; asustado se aferra a la tiza y siente el peso del argumento desconocido que habrá de sorprender su inocencia, pues si la plumilla cesara su fuga, sería difícil alcanzar la cima donde la niebla oculta su carrera desbocada; esos estuarios que perfilan el follaje y su mistral, esa materia donde todo inscribe su alguna vez forma.

El lienzo es el muro de la caverna, la escena de la caza conmueve por su destreza. Las fronteras se disuelven en esta geografía, y hay una ductilidad que permuta una cosa por otra, cada matiz muestra una cala y no hay sosiego cuando la flecha alardea su ir en pos de su caza.

Trayectoria invisible cuando de entre los dedos la lumbre chispea, asombra la rama carbonizada deslizándose sobre la

superficie, epifanía violenta que en su estruendo trilla lo entrevisto. Surtidor de oraciones que alumbra para significar la demasía. Vislumbre. Ráfaga de blancura. El blanco, lo puro albo en las astas rojizas. Flama en racimo de lo callado.

Lo intocado permanece en su albura. Línea negra sobre línea blanca. Humo. Ceniza. Huella encendida. Cicatriz. Letra impresa.

## IV

La imagen golpea. Muy dentro, en la cabeza, hay un árbol, su nervadura desciende y asciende por las venas, los huesos, los tendones; árbol por doquier, salvaguardando los ríos que circundan la tierra, en los párpados que se entrecieran para prender el filamento de luz y la claridad abrasando la sinuosidad de la montaña.

De dónde el redoble, de dónde el querer irreparable de aguzar el límite de la mirada como si tocara un destello: disyunción que confronta la existencia con otra en la que la angustia ha apaciguado su asedio. Resistir. Pero el aliento helado sobre la nuca da aviso, y se desconoce el paisaje, y se quisiera restituir la condición de paria para recuperar lo perdido: el haber de alguna vez la risa.



¿Y si por suerte se diera con la solución de tanta incógnita?, ¿si se acertara a tocar la aurora del ovillo?, ¿habría sentencia alguna capaz de mostrar el regreso? En el retorno hay un alejamiento que limpia la tristeza, porque volver también es un irse.

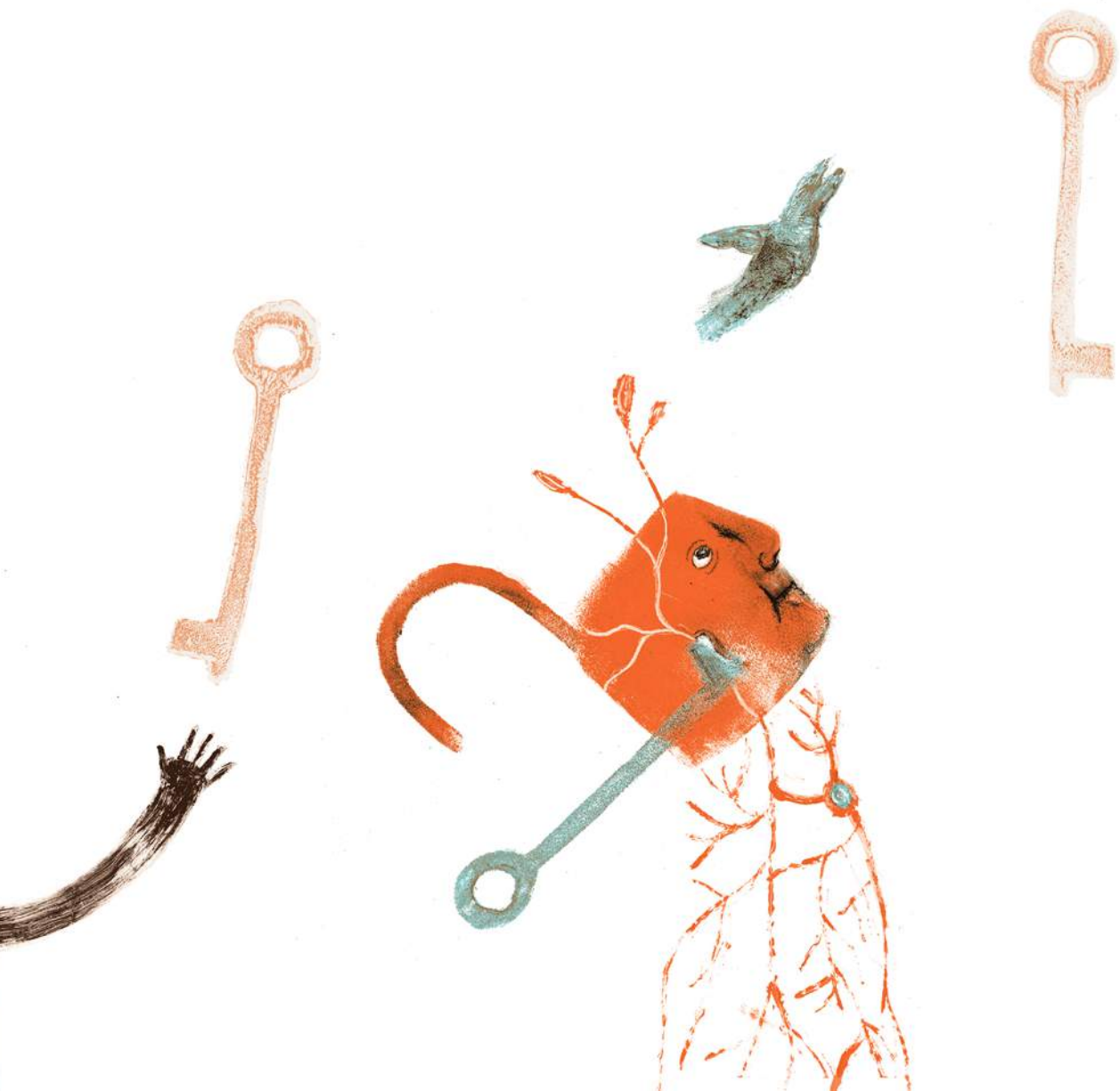
El camino es el repicar de la marea, la espuma que alcanza la orilla para ser borrada. Vaivén. Quietud. Nada se sabe y es vana la pregunta porque imposible es su respuesta, pero el arrebato es sublime y, en ello, la esperanza consigna el guijarro a su música que siembra de cristales y sueños y verderoles...

Misterio, no de las entrañas sino de lo entrañable, centro que esconde la primera palabra, la que enjambra el lenguaje, ¿y de encontrarla?, ¿se franquearían los bardos entre la vida y la muerte?

Puro blanco. Puro sonar. Blanco sonar. Rememorar y escuchar el silbo del mar entre los dibujos del pergamino...







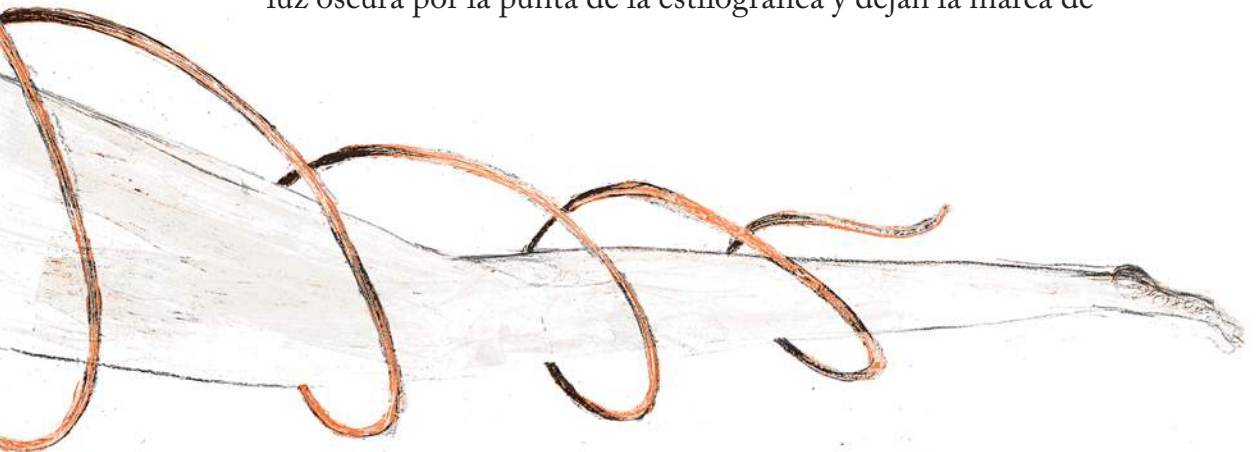






“Esto es una página”, es un lienzo, o un muro o una laja donde el pensamiento brota, va de puntillas como lo haría una *prima ballerina assoluta* levantando en su coreografía la plasticidad y exaltación de las manos, fraseo donde cada movimiento es apreciado en el valor extático de su contemplación.

*Assemblé...*, el caos sujetado en un giro..., gotean estrellas en luz oscura por la punta de la estilográfica y dejan la marca de





su paso en quien la empuña como si fuera la espada con la que aparta el mendrugo de la hogaza.

De tanto chasquido se termina por no saber quién ejerce el oficio de escriba, pues el mar se distrae y se quiebra en un pulso que agita la tela izándose a manera de telón. El cierzo muerde y relampaguea atenazando el jadeo. En cualquier minuto el eco de las zapatillas sobre la duela habrá de acusar una ráfaga.

En ese parco escenario, donde todo habrá de ocultar su sitio, el *arabesque* obliga a bailar en cuchilla diluyéndose la *mediasombra* en su *aplomb*, espacio de nomenclatura inversa, rosa de fuego, de arena, del vacío, del sueño.

Rosa que se desnuda en lo segado, en el alba de su pétalo para maravillarse con su forma tan nada, tan todo: una página-laberinto en cuyo centro aduerme un ave que es un monte, que es la nieve y la risa; silente palabra de lo inconjugable.

un sabor a chamusquina en la garganta

ESTHER SELIGSON  
*Negro es su rostro*

*E*lla escribió chamusquina, y yo leí “chamusquina”, entonces la palabra se me metió al cuerpo y no supe si su suspiro era suyo o mío, o era un puente para enhebrar el tiempo, y que en su extremo ella estaría esperándome para tomar té y me contaría cómo había sido esto de cruzar y no cruzar, si chamusquina se le ocurrió cuando leyó los Upanishads, o la Biblia, o simplemente fue un murmullo que la despertó en los sueños cuando perdió a su hijo, quien voló diez pisos sostenido por ángeles que lo llevaron a ras de suelo, porque vivir en la tierra es insostenible, como lo constató Jacob cuando luchó contra el ángel.





*En Chora vi la revelación en un fresco ahumado por los siglos, y no era un ángel, sino la corte celestial, así de insólita es la fuerza interior que en bocanada de fuego logra avasallar el cielo.*



E

J





can't

V

**S**imple. Los trinos se le enredaron en la cabeza y su grafía resultó una especie de ovillo. La lisura que debía mostrarse sobre el papel quedó maltrecha, mal-herida, para ser precisos. No había forma de suprimir lo garabateado, la tinta había penetrado los diversos sedimentos de algodón. El lector estaría frente a lo irremediable.

FO





La mano tiritaba ante la certeza de que no habría de regresar la hora atestiguada a través del pasar del sol ni el minuto cuando la tribulación había hecho sitio. La evidencia de la hazaña, su contundencia, abarcaba, de punta a punta, el adjetivo “desastre”: justo en medio del folio, como si fuera el pálpito de un temblor, o el nido que habría de deshojarse, ostentaba su rúbrica.

¿A qué tipo de alumbramiento se asiste frente a una tachadura de tal magnitud?, ¿hay algún patrón o recurrencia impredecible? A la distancia parecía un ombligo, o un agujero, o un hueco ahuecándose, ¿y si salía la ronquera de su profundidad no vista?, ¿si humillaba el razonar y se adueñaba de su garganta, y sin advertencia alguna, lo llenaba con la escarcha de un inexistente flamear?

Martilleaban en ritmo dislocado las preguntas, mientras la mancha iba ocupando un lugar notable, extendía sus nervios semejando una apostilla que desmadejaba su tromba entre los *presuntos implicados*: quién había escrito y quién habría de leer.

En tal esgrima, el ramaje desplegado en escolios, anotaciones, axiomas, diagramas, premisas..., dejaba una consonancia que confrontaba la proporción de la ecuación “espacio-tiempo”. Si en una casa, si en una mesa, si en un libro, si en sus páginas, si uno dice...

Y después escuchar a borbotones el canto desafiante de la nota sobre la nota...

¿Quién habría de negar que aún en este juego de burladores, el ponderar y el decir seguirían siendo asunto de vida o muerte?, ¿quién querría voz para pronunciar el mal fario?

Hay hogueras que no tienen cabida en las palabras.

Y en un día de campo la hoja se desprende de su suelo y el pobre Platón termina siendo un folio de la *Metafísica* de Aristóteles. El traductor apunta en la periferia del capítulo la sospecha de una otra manzana y de una otra guerra..., y la mano

asistida por un tremor desconocido derrama su caudal sobre el folio.

Ante su asombro se encumbra la confusión y la palabra se enjambra. La rayadura ahora semeja un lienzo de la capilla de Rothko; ahí, en su centro, donde se borra el rostro de los dioses, ocurre lo que no tiene cabida en el margen del lenguaje.

Orilla // No-orilla, como si en lo vacío inaugurado por su inmanencia iniciara el libro de la creación.

Centro. Hojuela. Espiga espigándose... ¿La tinta cumplirá la promesa de su gracia?

Mirto. Mirlo. Toronjiles, destilar la luz hasta alcanzar la transparencia, lenguaje de pájaro que atraviesa las cristaleras.

Amanece y huele a rocío de madrugada, así reza el solar del libro.

## VI

Cuarenta días y cuarenta noches, o cuarenta estrellas dilapidando su fulgurante estruendo en lo inaudible, en esa cesura, en ese matojo, exaltada descobijadura que persigue el rumor nocturno.

Si una noche de verano, si una noche de invierno, si cualquier noche cabalgaras hacia el pedregal revelado por el sudario del infinito, ¿qué libro llevarías contigo?, ¿y qué es un libro sino un clamor que arriesga las eras y las flores para apaciguar la tristeza?

¿Y qué empuja a un hombre a abandonarse en el huizache, en el ascua, y llamar a eso *la experiencia del desierto*?, ¿guardará en su enunciación lo inmenso?

Extraviada la gloria, el exilio ha sido el hallazgo.

Caer, leer, escribir, dibujar, bailar... Más bien, leer y leer, leer de tan diversos modos el día y sus atributos.

La figura del derviche en su giro repite el orbitar de las esferas, quedando escrito en el firmamento la epístola de sus múltiples levantes y en las cordilleras del desierto su claror. El sonido de su pisada no es un olvido cuando su danza enhebra lo disímil: el cuerpo, la estrella y la palabra.

Un libro escrito a través del baile es todos los libros: la zanja, el surco, la grieta; redonda su redondez para anudar los hilos del telar, de modo tan indisoluble, que a pesar de que su tamaño fuese pequeño como el de una chinilla que jugase a dormir entre los dedos, al abrir la palma, sus fojas serían espejo donde los gorriones bajarían a beber el vendaval.







En la calma del estanque algo fija y mueve al universo. Periplo que suspende la flecha al linde del precipicio y que la vista persigue en su incendio. Hoguera. Hay una luz en-lumbrada, hay un recinto y un tamborileo, hay un clavo que perfora el lienzo por donde se escapan los signos. Hay un libro, y alguien que acaricia sus formas, al igual que lo haría con la crin del alazán. Hay un ademán que aviva la sílaba que se desprende en lontananza...

Tu índice en los labios. Escucha. Escucha. Alguien escribe, lo dices antes de echar a volar.

Mira, ahí, un roce imperceptible.

Cuarenta días y cuarenta noches.

Y lees en la corola del cielo como lees en las gravillas.

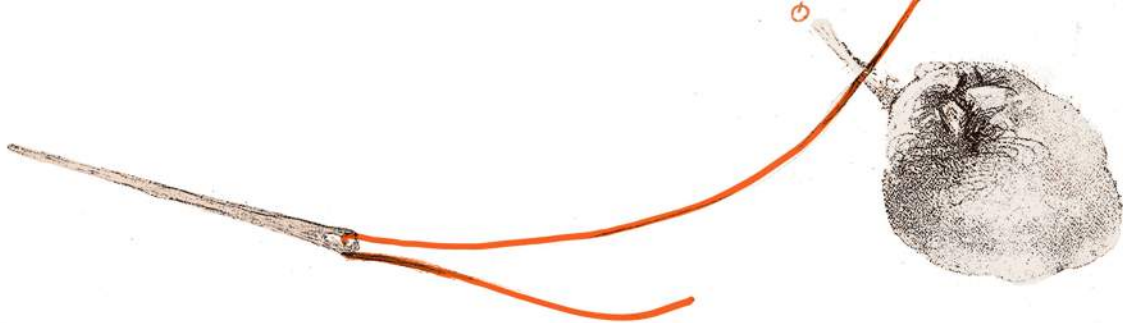
En el desierto lo borrado y lo indomable hacen su reino.

## VII

Esto que escribo, este leer y hablar hacia adentro con mi más adentro no es testimonio de un fulgor, sino el abrevadero donde alguna vez anidaron los pájaros que cantaron en el balcón la sedición de lo real.

El cuaderno tiene algunos dibujos sin importancia y fechas para no refutar los momentos de carácter biográfico relevantes; es sabido que los hechos aislados poco significan, pero en el continuo de la vida atreven un sentido.

“Ahora” se define por el presagio de los cuervos bebiendo en la fuente, por las ramas del jazmín al mecer sus flores al compás del aire. Lo irregular concierta su latido mientras retoña por el ramal de la libreta, o por sus pliegos doblados, o por aquello que



atrae con su frescor de sílaba lejana; aquí la oración que retrata la corza al liberar su incipiente cornamenta en la piedra de la cueva: primera grafía del sueño que habrá de reiterarse en los muros y techos prístinos de labrantía en cantera.

“Ahora”, tiempo verbal de lo insalvable, canta, dibuja..., si el silogismo es demostrado, “ahora” existe en la devoción del iris galopando por el paisaje del texto.

“Ahora”, cuando el diluvio, cuando el risco, cuando la exigencia formidable del destino juega a los dados, que no al azar, mientras un pájaro se arrulla en el Patio de los Leones, y unos ojos anegados releen el mundo y su prodigio singular.



XUP/040c19

YFC/020z16

KSR/15017

B11002/NRNT

ALB70/030319

B11001/10118

T090e19

FZ 030819

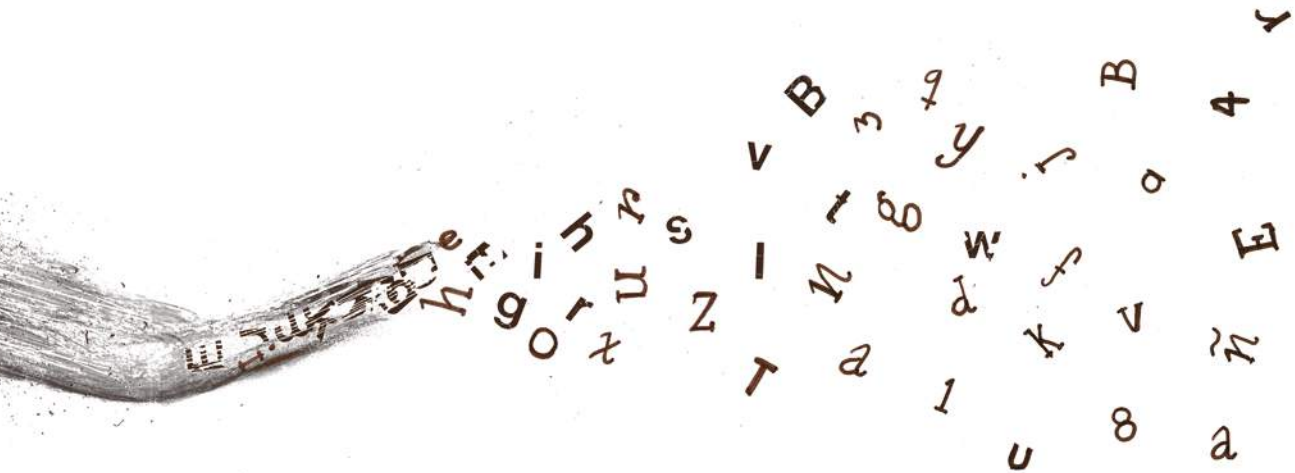
ITK/161219





## VIII

Sea la sonoridad el despertar donde vocal y consonante son el decir de los labios, cuando los ojos recorren la longitud de la línea, laberinto del viento, que al pronunciar su epifanía desdibuja la distancia entre la epístola y la lengua que silba.



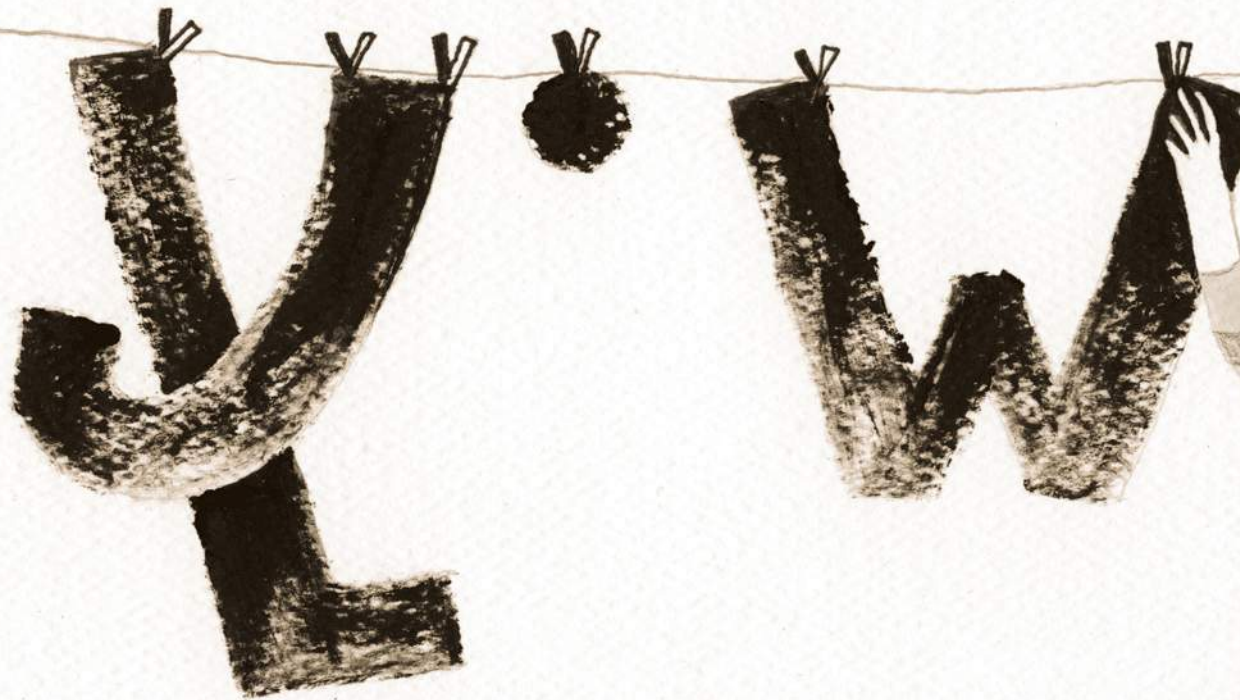


Mayor estrechura ocurrirá cuando ojo, oído y labio reiteren su correspondencia en la caligrafía al deshilar sus canutillos y presientan otras vidas al creer que el numeral dejado es testimonio a descifrar o fortuna celada presta a desatar el sembradío de fuego. Letra negra sobre letra blanca. Si ahuecas la mano, si continuas cada collado, ¿rastrearías en su hechura la imagen y la semejanza?, ¿presumirías maridaje venturoso o desgracia? Tanto supondría que en su cartografía se ampara el infinito o que su hoja prosigue siendo escrita y leída.

Una gavilla, un octavo, pliegues y dobleces..., un libro que rebasa el fuera de su orografía, su borde, su canto, su ribera. Un libro otro, porque lo importante sería el silencio que lo cruza y que escapa para convertirse en cualquier cosa, un olivo o un verso; una recitación o un rezo que se enseña de padre a hijo hasta perder su peso y ser mantra; una pluma de un ángel que cae en el cuenco del tacto, o la rojedad de una flor que se prende entre tus dedos, y que espera con zozobra el encuentro.

Un libro que alberga una ciudad y un templo, la ruina de un templo, un puñado de tierra amontonada donde un rayo vulneró lo bermejo; y unas calles por donde deambulamos ensoñando la mezquita de Córdoba y el olor a jazmín, por donde deambulo en mis noches de insomnio tomada de tu brazo sin saber de aristas ni fronteras *ni de los destinos cruzados, si una noche un viajero, si una ciudad invisible...*

El libro, donde la luz con su sombra corona el lenguaje.









“Esto es el cerco de la letra”, el lazo que apresa lo inapresable, la quimera que detiene el movimiento o el estremecer que advierte la formidable respiración del universo, eso clandestino que acusa la huida, lo vivo que ríe con la fiereza de lo apenas previsto, ese momento donde se decide la fatalidad..., cuando el mundo es cazado por el cervatillo.





tu voz en los celajes de mi noche

CLARA JANÉS

“Capaz de reverbero...”

*Ella escribió clariblanca, brebaje lunar para remediar los golpes que se da el cuerpo en su constante derrumbe; esta carnadura que no sabe volar, cuando más, caminar; y el andar es pauta para el pensar como consuelo para el corazón.*

*Cuando el corazón es un caballo desbocado, el pensar es el siervo que acompaña su desenfreno. Cuando el pensar se desarticula, el corazón lo contiene en su intimidad, para que recupere su compás.*

*El corazón va trotando por el camino, va en su errancia tras la famosa huella quemada, tras su confín. Cuando se descuida, se adentra en la hojarasca y azuzado corretea hasta encontrar lo que le es propio,*

*ese finísimo filamento de luz que atraviesa la enramada. Tal aparecer lo arroba, y su pulso conoce lo sin tiempo.*

*En tan delicada ventura descubre que toda cuestión es, al final del recuento, un asunto de horizonte, y que lo sellado es la extrañeza de quien defiende el meditar como deslumbramiento.*

*Ella leyó.*

*Y él escribió Como quien lava con luz las cosas.*

No sabría ponerte entre las manos  
la exacta forma del don

ENRIQUE DE RIVAS, “Por ahora”

## IX

**E**l texto vuelve sobre sí, tiene fiebre, delira y los símbolos se tornan recurrentes: la muerte es una medida, una exclamación absurda, una gimnasia inútil.

Abre el sueño, abre las hojas, ábrete el cuerpo y escápate por el agujero del pico, cuando el corazón vuelva a ser una campanada y el reloj marque la hora, le das un machetazo al vértigo y te llevas contigo el pequeño guijarro para usarlo como contrapeso de la pluma en la balanza, *una piedra es una pluma*, como un pájaro es una charca y un jazmín una *chamusquina clariblanca*.

El pensamiento ha de ser *clariagua*, pero ¿a quién pertenecen las palabras con las que se hace la vida?, ¿quién es su dueño?,

¿aqueel que las aviva porque ha abandonado las tardes frente al mar cuya algarabía todo lo cura? Leer y leer...

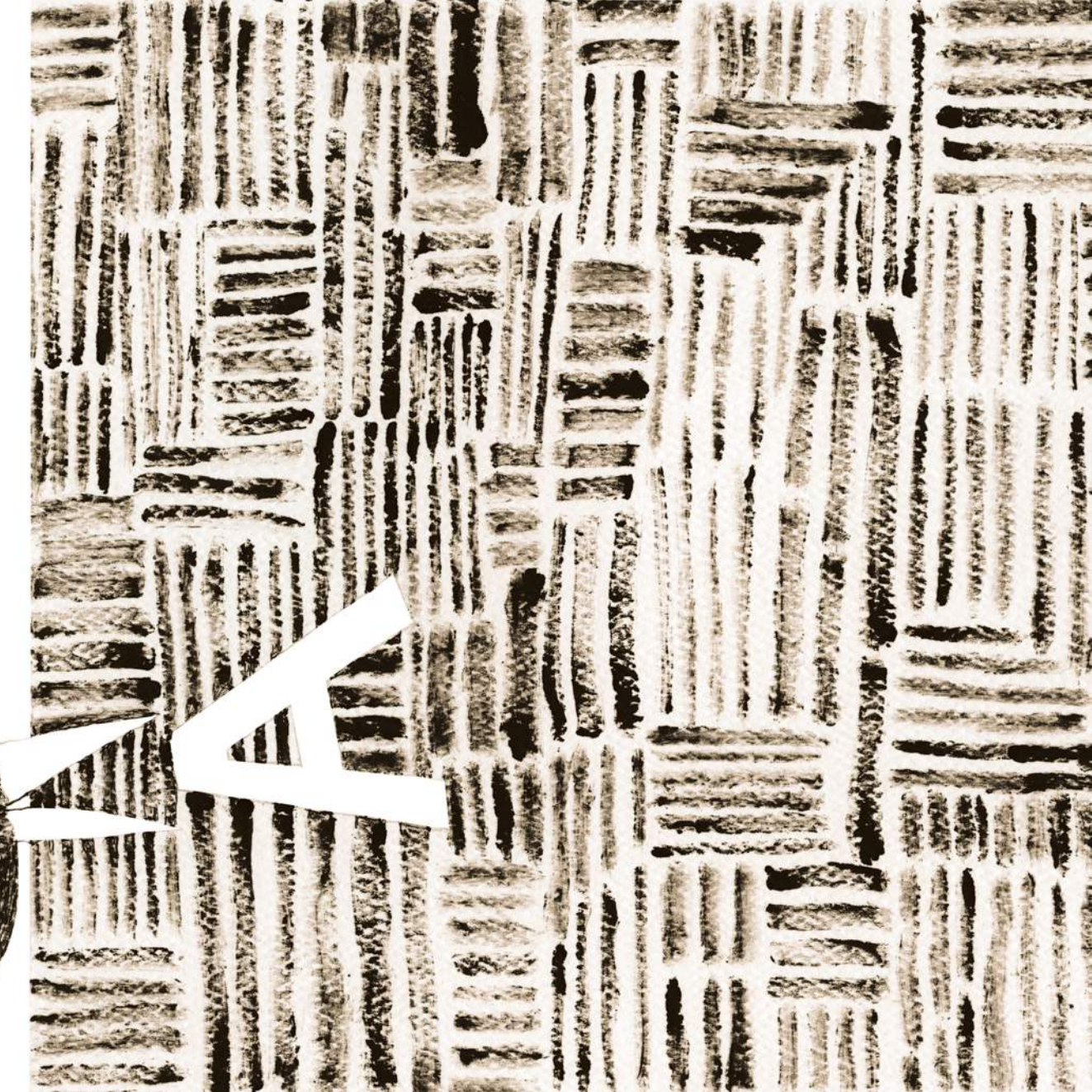
La frase bien viene el apagar de la tarde, y tiembla en lo cardinal que trastabilla, enuncia, vocea, tiritita, borbotón de poza, y está con fiebres desde la noche, y de tanto ir de acá para allá, parece que se le va a salir el alma, o que le va a regresar de golpe para subirle por la cabeza, porque quien describe no sabe si poner “Nubia” o “ráfaga”, cuando lo que quiere es arrancarse lo que arde: la inteligencia tronante naciéndose *muerte sin fin*.

El texto, la tinta, la cabeza..., y en diluvio arrecian los nombres que en su reclamo quisieran volver a la materia que alumbra el párrafo, pero sería como contar los granos de lo conocido y más allá. Tanto no cabe en un gorjeo.

Por desgracia, la nube tampoco cabe en el nombre que la









nombra así que vano es recitar la letanía y en orden alfabético los volúmenes preservados en los anaqueles.

La mano duda se retrasa, tartamudea..., alabado sea quien rescató las tablillas de escritura cuneiforme sin las cuales jamás se habría conocido Uruk y su belleza imparable.

## X

La ciudad que habito huele a lluvia de humedal, sus gotas provocan una intimidad cercana a la de la palabra. Prodigio tomar el instante entre las manos y alzarlo a contraluz. Su aprehensión basta para subyugar.

El universo titila en su fidelidad y establece un sentido que aquilata los derroteros de la expresión. Tal vez lo que sorprende sea cómo legitima a su portador, quien a pesar del riesgo de ser abandonado por su resplandor, está dispuesto a ser abrasado.

La palabra se trueca ramificando lo furtivo y con ello expone su trama. En su doblez, leer y escribir desandan el trecho hasta dislocar su juntura, ¿de qué otra manera beber su agua filtrada a través del celaje? Zumba, rezumba, en un canturreo sin par y

penetra por el caracol del oído y entra cobijado por el torrente sanguíneo.

¿Inspirar? ¿Arder?

No debimos entrar en el bosque del párrafo; hubiera sido mejor reposar la mirada en la pintura de los márgenes. El argumento era sencillo: el libro concebido como lienzo. Con un poco de suerte perduraría a través de la historia y, una vez abierto, quien lo leyese sería a la par escrito, o quien lo hubiera escrito sería a la vez leído, ¿quién nos acecha al morar uno en el otro?

¿Hay un tercero? ¿Un tercero?, ¿será esa rara luminosidad que alberga el habla en su más intrincada confesión?, ¿o será el libro ese puente que se extiende a través de los tiempos?





¿hacia dónde  
la frase? la de  
ve de

supone el argumen  
de su gloria, y  
leer habrá de a

## XI

La tersura del polvo del camino espolea a seguirlo. Deletrea conmigo: “l.a.t.e.r.s.u.r.a...”, ¿hacia dónde habrá de llevar la frase? La letra encierra la clave de lo eterno. El viaje supone el argumento del alma olvidada de su gloria, y ella en su constante leer habrá de afinar las rutas que la lleven a surcar la mar: *mar antigua, madre salvaje*.

Ella tiene por cierto que la razón padece dolencia desde tiempo ha, que miden su presión arterial, el ritmo de pulsaciones por minuto, que se refrendan discursos, se registra a detalle su sintomatología y le prescriben nuevos medicamentos y hasta algunos remedios caseros. Pero languidece ante el torbellino que enaltece el sinsentido.



¿De quiénes son estas conjugaciones verbales? ¿Quién dice arriba queriendo vociferar izquierda?, parece que el bufón se ha robado la baraja y quien dice huizache quiere gritar altamar... alta la mar y alto el sereno grita en su ronquera.

Eleven anclas, icen las velas, ¿quién a babor?, ¿quién a estribor?, ¿y en el timón?... ¿Sabías que a Jonás lo devoró una ballena? ¿Quién navega hacia Asia?, ¿quién hacia la península arábica? También aquí hay ínsulas.

No existe en la cuadratura del tiempo alguien capaz de burlar la muerte, por más que tu índice trate de enredarse en el diámetro de la tipografía para encontrar el madero de la salvación. Hay una orilla, y hay un naufragio universal, y los animales que se salvaron en el arca de Noé encallada en el monte Ararat. Anda, sosiégate, dibuja la barca y súbete a ella.

*Navega, velero mío, / sin temor, / que ni enemigo navío, / ni tormenta,  
ni bonanza, / tu rumbo a torcer alcanza, / ni a sujetar tu valor.*

## XII

*N*avega navegadamente, recitaría otro poeta primordial, tal vez al recordar el mar azulísimo apresado por Dalí en *Una muchacha en la ventana*. La figura se fusiona con la del pintor en la ejecución del cuadro, se atiende al cuerpo de espaldas de la muchacha absorta y acodada, que observa el oleaje calmo.

El ojo en su triple salto mortal reinventa la multiplicidad de los planos. Cualquier rastro es una intersección y los siglos se estrechan en su distancia: éste es el periplo del lenguaje, éste, el de las ideas, esto o aquello, o los dos.

La ventana era muy azul y el mar también, y ganó para sí el imaginario que develaría su destierro en la “Variación I. Azules”:

*Tu azul por azul se explica: / color azul, paraíso; / y mirarte a ti, mirarlo.*

¿Qué se prolonga en la víscera del lenguaje? Cae la noche y el aguacero arrecia para no desatender el territorio del verso. Y escuchas citar a Reyes en su *Visión de Anáhuac, Viajero: has llegado a la región más transparente.*

Mirar miradamente para leer otros modos, para morar, para hacer casa y abrigo, y saber que toda ciudad reconoce su espejismo.

Otro relámpago, y no llevo conmigo el cuadernillo para escribir este ensoñar en busca de hilo negro.

No hay hilo negro, las palabras son, ya no sé qué son. Recibí mi heredad y este matojo, a través de su hilo de seda. ¿Hilo negro?, la estela supongo, la que va dejando el velero al abrir aguas, la que mira la muchacha de espaldas, desde la ventana por la cual el mundo es un reguero de jilgueros.















Aquí un blanco retumbando en el límite, tajando, desbrozando la espesura, claro donde aparecen y se esconden imágenes que andan buscando una expresión justa para tocar la transparencia.

Blancura límpida que no es violentada todavía; la duda queda afuera de su borde y las certezas también. Para adentrarse hay que desprenderse: punto cero donde la lectura incita su sed.


Aquí, en lo inmaculado, la línea se demora y seduce. Quien atreve el trazo es, a condición de desujetarse, *experiencia abisal* porque más allá, en el *más azul*, el libro es un misterio que no se destruye.



La voz ceñida dentro de su grafía aguarda y, en algún momento, alguien desata sus cifras para escucharla decir lo siempre vivo; los alisos y los caramillos de las vocales declamando las consonantes y afirmando la forma más alta de moradura en la palabra.







bésame, Loba, alza tus montes,  
arde conmigo, espanta los viejísimos astros

FÉLIX GRANDE  
“Laberinto de albahaca”

*¿Qué recuerdas de Siena? En el cajón de la mesilla de noche guardo las dos llaves pequeñísimas y algunas fotografías de la loba amamantando a Rómulo y Remo. Creíamos que sería un buen lugar para vivir, se caminaba en verano hasta las dos o tres de la mañana, y había, de tanto en tanto, fuentes que ofrecían un sosiego inesperado..., y librerías secretas entre las callejuelas.*

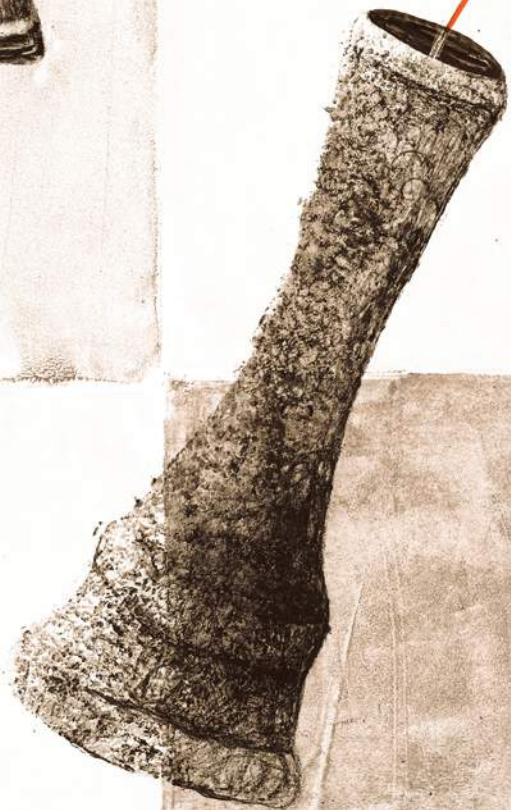


*¿Por qué el símbolo congrega, convoca?, la charca y su gorjeo sibilino;  
la sirena y su viento caracoleando el musitar que se alza entre sus  
montes. Arde conmigo, Loba...*









## XIII

**B**revísimo anacoluto, nunca me gustó su fraseo ni su ruptura de concordia, siempre parecen mejor otros devaneos para que la metáfora despierte la persuasión probable.

Mejor el aleteo de los versos cuando esconden el vacío en las figuras exquisitas del patinador.

Unas breves palabras para despertar lo luminoso. Sí. No. El pensamiento se edifica entre la afirmación y/o la negación. ¿Un sistema binario contrariado por el principio de identidad?

El libro es.



Escucha...

Risa de chacal.

¡Oh fatalidad!, el rey le ha cortado la cabeza al rey.

Jaque mate.



## XIV

¡Quién tuviera alguna vez tus labios para escribir con la rispidez del fuego! Sed arisca que abreva igual en las arenas que en el huracán e ilumina lo astral en la punta del cálamo.

Susurro. No, el sonido es más leve, es la lectura queda que se apresta sigilosa a la caza de su presa; se enrosca y se ciñe alrededor del tronco de la creación. El texto es un *huerto cerrado*. Imagen que en sus aristas refiere el arcano... la espiral descrita en “los círculos del tiempo” de la *Divina comedia*.

El cerco es el espacio del asomar, aparece la higuera y la serpiente, la lejanía y el fruto, el canturreo que desdeña el siseo y alza la sílaba astillando el reflejo.

La fractura es un pacto y la caída, ¿una donación alumbrada por ángeles? Y una vez abatidos, ¿principia el párrafo?

Leer es caminar. Marcha donde el ir y venir es el suelo sobre el que el imaginar acaricia lo perdido y lo hallado.

Leer. Recitar. Recordar, entonces, “Capitán Ximeno” con la voz ronca en señuelo: capitán Ximeno, capitán..., sonido de quien ha gritado mucho en silencio por ser ya un crujido sordo el palabreo.



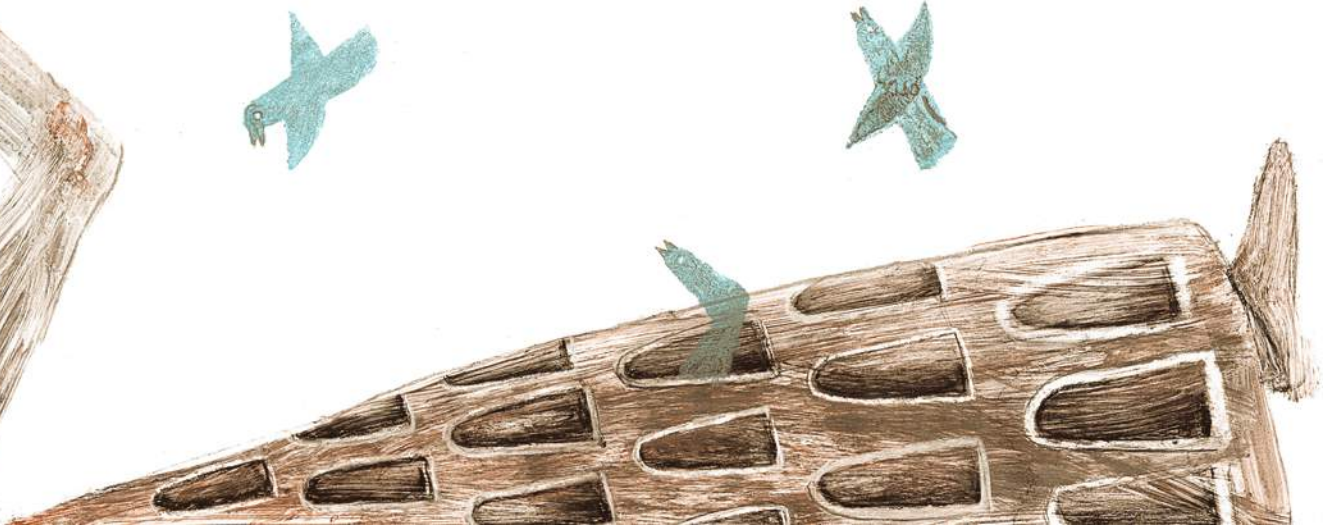






XV

**E**n el blanco despierta *la casa de las mil ventanas*, su trino se enlaza con la risa alegre. Las fojas de sus muros desdoblan el territorio geométrico del estudio, una aguamarina que modifica las impresiones pictóricas según el pasar del día. El color inunda y surgen escenas de cuando la imaginación es ejercida en su máxima destreza.





En una de ellas es anotada la sinuosidad del abrazo entre Eva y la serpiente. La apostura descarta los tópicos fundacionales. No tercia fruto alguno, pero sí el nudo que habrán de repasar los dedos, una y otra vez, como si domaran la muerte con la entonación de su mantra. Conocimiento mudo. El ademán de la escritura se eleva a la par del rezo del muecín.

Llamada. Responder es quemarse. La tierra prometida refrenda el vínculo profundo del exilio. Leer y releer, se pertenece a la estirpe del libro, a la tribu de las palabras. El fabular comienza con el salto hacia el interlineado. Mira. Escucha. Hay doscientos cincuenta kilómetros del mar Muerto hacia Petra.

Y durante noches soñar con el periplo de Wadi Rum, con sus arenas rojas, sus formaciones, su murmullo de eras geológicas arrastrando la marea de lo ancestral, esa lengua antigua, arcana, casi aire, inscrita en sus montes.

## XVI

Cierra los ojos, siente el peso del papel, toca las hojas que lo entrañan y adivina el gramaje distinto que compone sus guardas y sus tapas; presiente los tejuelos, sigue el entalle de su lomo con costillas y entrenervios, repasa el refinado de su corte delantero cóncavo, la solapa...

Aguarda, repara en su encuadernación, cosida con hilo de seda... Acércalo a tu rostro, deja que el olor de los pigmentos atormente tus sentidos.

Maravíllate ante su perfección.

Un pueblo es un libro y en un libro se esconde el verdadero nombre que lo habita. Por un libro se ha desatado la guerra y



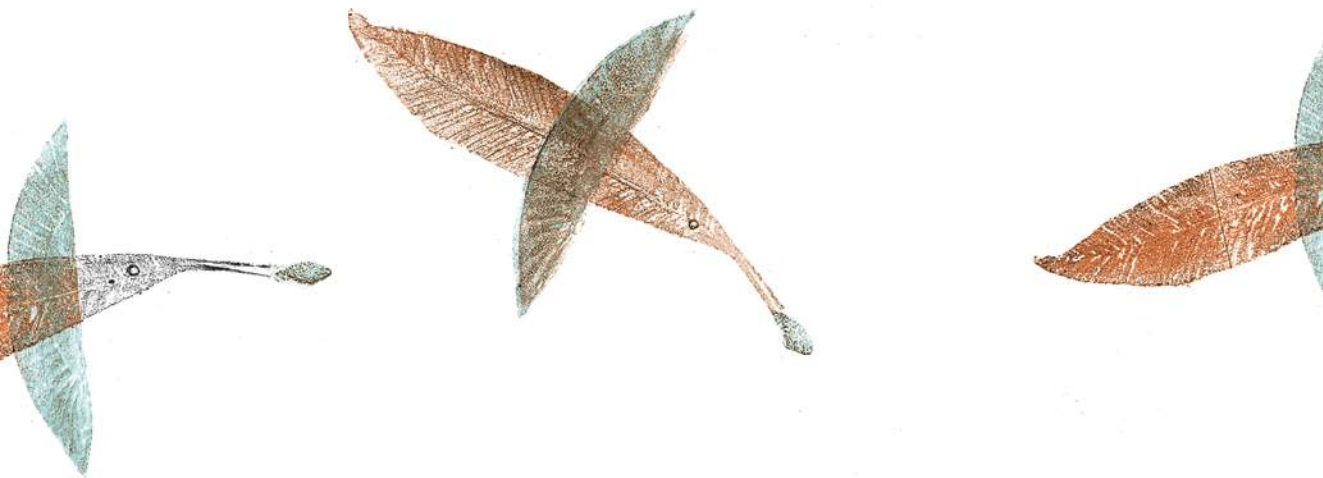
por otro se ha enaltecido la civilización. No es un mero objeto a trillar cuando hace frío y el madero es insuficiente. Siglos de refinamiento se han empeñado para alcanzar el cuño de su varia invención. No ha quedado una sola de sus juntas sin bautizar.

Cada matiz, cada hallazgo, cada maquetación desafía la insignia de la desmemoria: crónicas, anales, enciclopedias, mapas, novelas, testamentos, zoologías fantásticas, tratados, anatomía..., el resplandor de los resplandores ha encontrado en la humildad



de su caja, y en el oficio del copista, la respuesta al acertijo de morir: sea lo que sea, las palabras habrán de sortear el tan temido naufragio y serán la *guía* para siempre *de los perplejos...*, cordel para los alumbrados y los descarriados, *delirio para el incrédulo*. Contraveneno que devuelve la paz.

La palabra desafía la impermanencia, tiende un puente entre el rubor de un día y su éxodo, afronta la pisada sobre el desierto e inscribe en laminillas la lontananza. Tanta perfección contiene



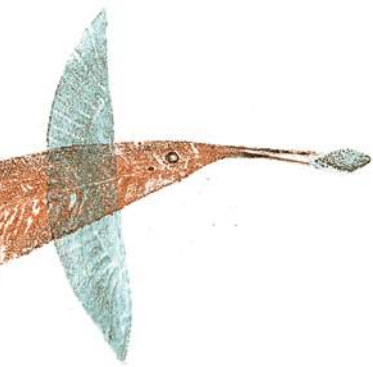
en la punta del alfiler una memoria lejana. De su redondez brota la línea, y de su curvatura, la anatomía de la letra que en su marcha alberga el gravitar del tiempo.

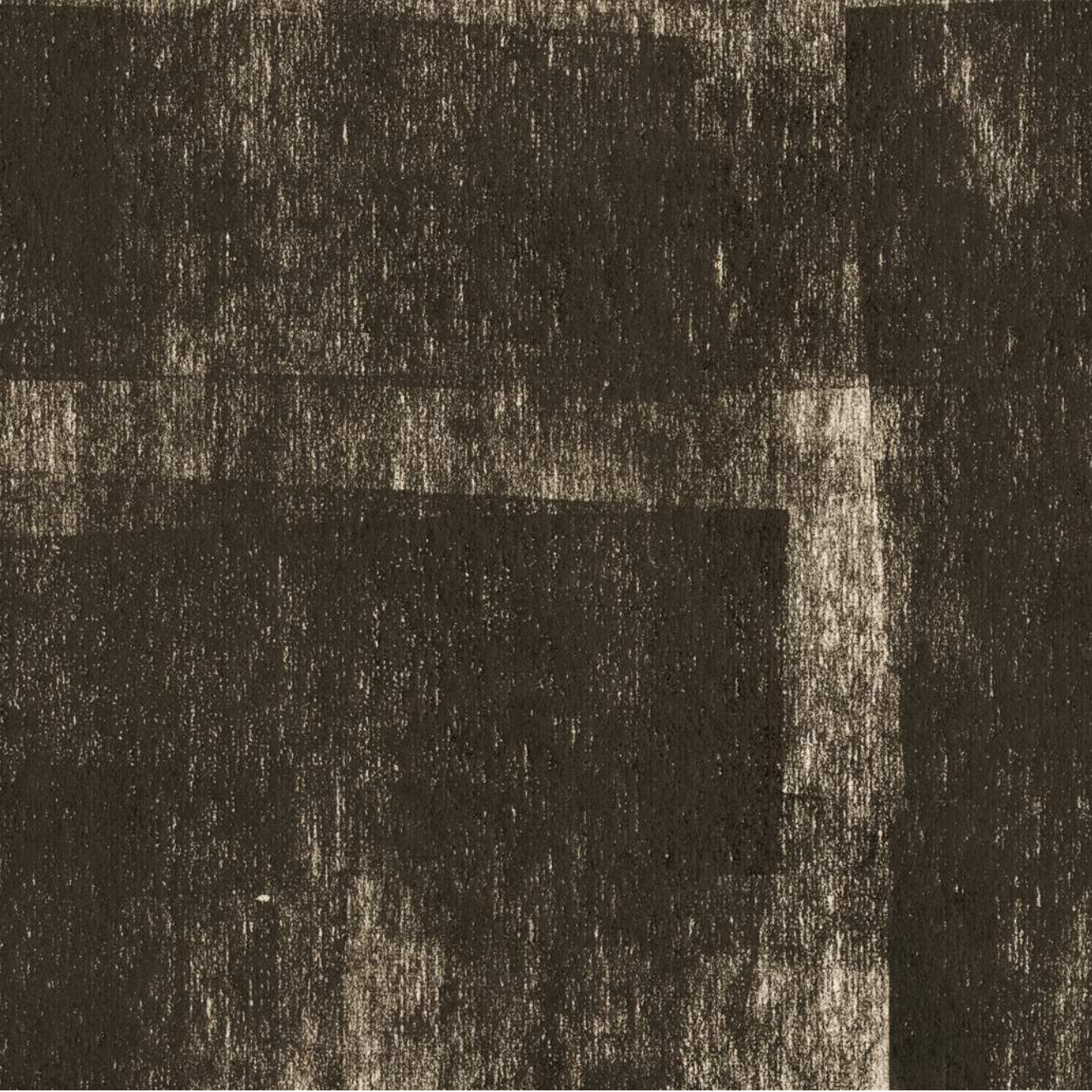
¿Qué voz atraviesa las arenas y se llama Platón, Dante, Rimbaud, Stein, Dumas...? ¿Qué largo apaciguar reverbera?

La capitular adviene inicio sólo si el dedo comprende lo extraordinario de su trazo capaz de sonido y lo encadena al siguiente hasta escuchar el susurro que deambula por sus ojivas.

Sea moradura lo escrito. Escucha, escucha lo que habita. Abre los ojos y sumérgete en su enigma.









hueco



“La letra es el hueco” que deja la sombra en su huida, no está el río, pero sí el agua de las piedras que cantan a la orilla del lago que vela un secreto..., del mismo modo la niebla habrá de cubrir la sirga hacia la isla de la buenaventura, y el libro preservará su historia dispuesta a zarpar a la mínima señal cuando *Un capitán de 15 años* arriesgue el océano y sus portentos; o cuando *El Tigre de Mompracem* sea sojuzgado por *La Perla de Labuán*; o sea, en el arrecife de If, donde un alma comprenda el reptar de la venganza y la dulzura del perdón; sean también las *Memorias de Adriano* testimonio de esa Roma que se apaga infinitamente...

Sea la grafía el espacio donde ocurre el acto de mayor fidelidad entre dos cuerpos que se acechan: el de quien escribe, y es escrito a la par, al ser leído por lo siempre vivo.





*E*lla que fui yo garabatea en la caja de cerillos “estío”, “cuenco”. Y yo me demoro en el perfil de su flor preguntándome cómo lograr la rebelión del lenguaje, cómo dejarse atravesar por tal devastación y arder al unísono haciendo un pozo no sé a dónde para que el índigo y las corzas quepan en mí.

*Quizá el desvarío acudiría en su taciturno entramar. O quizá no, o el campaneó torrencial... A saber.*

*Leer-escribir-leer... ¡planta-semilla-planta! Goznes de un engranaje que se confunde con la cesura de la inmovilidad. Tremolar fecundo que disuelve, en su limpidez, la distancia. Las miradas se enredan y escucho en la hojarasca el rumor detenido.*



## XVII

La hoja es una balsa surcada por nubes de tinta, arquitectura enaltecida por su rareza, boca que anda tras un relatar que al avanzar desvanece la distancia con quien ahora lee.

Las palabras son una escala por la que se sube o se baja, y que se disuelve por causas desconocidas, y al hacerlo, imanta el sonar de lo que desde antes silba, “algo” que se arde.

La hoja es el rostro donde danzan los signos que en su zalama conquistan al espectador. Las palabras se graban y guardan esa figura entrevista a través de la mirilla de lo impreso. Celosía tras la cual se adivina el jardín. Inevitable no recorrerlo cuando se nos ha dicho que en su centro hay un pozo y su vino lava la tristeza. Un sembradío de fulgor cuya brasa sería brocal; un brillo

que templaría al más azuzado y le enseñaría lo numinoso que envuelve con su rúbrica la albura. Agua de luz. Símbolo que de haberse comprendido portará consigo el don de la compasión: ser uno con el otro en la semejanza.

La lectura es una alianza, y se camina por su fronda bajo la creencia de que un indicio delatará la unión con el infinito. Entonces lo perdido arriesgará seguir bajo su condición de perdido, porque sin el deseo que provoca, ¿quién habría de buscar la gloria?

¿Engaño?, la ventura del personaje es la de quien lo escucha pres-tándole su propia lengua y su destino. Leer entonces las señales, lo roto, la roca, el gorjeo, esa otra escritura donde la *práctica (in)mortal* de leer adquiere la complejidad de la búsqueda.

¿Quién has sido?, tantos... ¿quién más si no?

*Y Scherezada, aquella primera noche, empezó su relato con la historia que sigue...*



## XVIII

La pluma ostenta inusual hermosura, calibrado ha sido su equilibrio, su peso permite desafiar el goteo de la tinta al cortar la nervadura. El plumín hiende su punto y el color fluye acoplándose a la cadencia. Se cumple sin mayor tregua el cometido, la velocidad de la pincelada se sujeta a la fascinación de lo que espande.

La plumilla revuela sobre la lisura del papel como quilla surcando las aguas. A veces es bisturí que disecciona con precisión el objeto de estudio; otras, la navaja que corta el hielo y sujeta al patinador en su deslizarse; pero la más afortunada es cuando la reiteración inaugura un estado de conciencia que interna al plumista en el albor del laberinto.

El copista comprende la complejidad del oficio, y entiende que el rasgo de los contornos que dibuja la planicie de oraciones conforma un asunto tan complejo como el de las raíces tendidas en el bosque. Una tachadura, una omisión, provocaría el infortunio... , un mínimo error en la presión ejercida originaría el sino de la mancha.

Existe además, para su tormento, el patrón imprescindible de las familias tipográficas para lograr una secuencia en los caracteres que cumpla con la aspiración de horizonte. La fisonomía de la letra adquiere supremacía, no hay lugar para el equívoco, porque darle cabida sería tanto como romper lo hilvanado y enaltecer la discordia.

Nada más insólito que el gesto que significa salvar el pensamiento de la ceniza, maestría inusual que permite repetir, a través de los siglos, sus versos prístinos: *¡Canta, oh diosa, la cólera del Pélida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves de rapiña!*





## XIX

**M**entiría, la caligrafía rectilínea asomaba como una hidra hambrienta de múltiples cabezas. Resistía la ferocidad de su embate con el hastío que provocaba el anunciado fracaso de atravesar la dureza de su semilla. Lo cierto es que me gustaba pasar las tardes en el jardín, tirada sobre el pasto y entreteniéndome mi insolencia con el andar de las nubes.

Con la penumbra de la tarde, otro reino reclamaba mi presencia: el escritorio, donde mi padre me esperaba con cierto nerviosismo, él era el último bastión a conquistar, los demás habían quedado en el campo de batalla neutralizados a través de la risa que les despertaba mi incipiente argucia discursiva.



Debo confesar que en aquel tiempo escalar el arrecife del abecedario era algo que sentía como un proceso de domesticación más que como un acto libertario. Lo fascinante de esas tardes era sentir su presencia, rozar el reloj colocado en su muñeca izquierda, detenerme en las mancuernillas que sujetaban los puños almidonados, repasar sus dedos al desajustar el nudo de la corbata de seda y la forma en cómo apoyaba su índice señalando el párrafo a descifrar y que para mí era tanto como derrotar a la Armada Invencible que calaba dentro de sus desfiladeros marinos.

Cuando el ceño fruncido prometía desorbitar mis ojos, acercaba su rostro y recitaba muy quedo: *Una tarde, la princesa / vio una estrella aparecer; / la princesa era traviesa / y la quiso ir a coger, y* sonreía, ése era un talego más atesorado que el forcejeo inminente entre mi entendimiento y el lenguaje, que cierta estaba, escondía en su reverso a un saltimbanqui haciendo piruetas.

Un día trajo *El Quijote* en una edición para niños cuyas ilustraciones me parecieron insignificantes después de haber revisado

pausadamente los grabados de Gustav Doré en dos tomos magníficos sobre la *Historia de las Cruzadas*.

Mi declaratoria de guerra despertó una gran alegría, y su contra/refutación desarmó mis legiones. Si sabía examinar a detalle las láminas, podría enseñarme lo rudimentario sobre el acto del leer..., y sucedió lo que tenía que suceder, la curiosidad le ganó terreno a mi obcecación, y sin más, aprendí la arqueología implícita en la lectura compartida, fue la excusa para arrellanarme a su vera y que se diera a la tarea de hacerlo en voz alta, y en ese cantar conjunto, acaricié la cicatriz de toda escritura.

En lo más secreto de lo más secreto, mi padre sabía que no quería la estrella, sino el aventurar que me prometía el buscarla.

Las tardes del jardín fueron desplazadas por las del sillón, y un día el sillón salió al jardín y encontró su lugar bajo la sombra del árbol *que mece la cabeza / porque así debe de ser*.



## XX

**D**etén el paso, respira, confía, toca el agua interior de la libreta, siente la delicadeza del papel, ¿qué habrás de escribir?, ¿imaginas la pluma gravando los giros de su arte? Siente su gramaje, si el poro no es preciso, la tinta terminará deformando el rasgo; si su sedosidad ha sido obtenida con alguna cera, no podrá penetrar la fibra. El papel y el sonido forman una atadura, una catedral adormida en Venecia.

Respira, acompasa. Escena II, Julieta deambula por el claror del huracán: *¿Qué hay en tu nombre? Si llamamos una rosa por cualquier otro nombre no dejara de esparcir su aroma por igual de dulce.*

Ha habido otros balcones, a cuento aquél donde el pintor acoda a una mujer sobre la baranda, quien en su melancolía sostiene una

rosa, ¿una rosa es una pluma y es un nombre porque es una rosa? Quizá el tema sea la distancia a la que obliga el balcón, ¿será la misma que se adopta al escribir? Desde otro, el poeta describe el instante nocturno donde Delhi *es una lejanía próxima*; y antes, desde uno imaginario, el mar fue bautizado bajo el sello de *El Contemplado*.

Cierra los ojos, la noche no cabe en la nostalgia, ni la nostalgia en todas las palabras que la conjuraron para que echara a volar. Sigue el trazo de su dedo por las letras, repite la ilación de las sílabas, ahora susurro, ahora galope en el párrafo..., iza las velas y navega por la ribera de su sentido.

Te leía, me leías, y tu memoria prodigiosa era capaz de citar párrafos enteros de las novelas de Dumas, pasajes de Sabatini: *Nació con el don de la risa y con la intuición de que el mundo estaba loco...*, y a tantos más.

En un duelo de emociones, me atreví a señalar que cuando se lee hay una serie de miradas entrecruzadas: una progresión



comprendía la de los lectores anteriores, por lo que habría de considerarse si era mejor leer un libro nuevo o uno adquirido en librerías de viejo que necesariamente conllevaría a apreciaciones de proscrita profundidad; otra se basaba en la suposición de que al leer el escritor estaría leyéndote mientras desarrollaba su fabular; y la última, que provocó gran conmoción, fue que debajo de las palabras espiaba “algo” que no era posible atrapar entre las redes tipográficas de la oración, “algo” que alentaba en el blanco, y que permitía el oficiar de la escritura.

*Yo también hablo de la rosa.*

¿El grabado en la anchura del pliego sería marcaje de fuego?

Detente. Respira, toma el libro entre tus manos, acércalo a tu oído, ahí hay un bosque...

Y Teseo amarró el hilo de Ariadna al filo de tu pluma.





## ÍNDICE

11 Angostura

### EN DEFENSA DEL LEER

31 “Esto es un libro”...

33 *La seda fue encanillada...*

37 I. Esto que sobreviene al leer...

41 II. Lo caído. Lo quemado...

47 III. “Las cicatrices son memoria”...

51 IV. La imagen golpea...

57 “Esto es una página”...

59 *Ella escribió chamusquina...*

63 V. Simple. Los trinos se le enredaron...

- 67 VI. Cuarenta días y cuarenta noches...
- 71 VII. Esto que escribo, este leer...
- 75 VIII. Sea la sonoridad...
- 
- 81 “Esto es el cerco de la letra”...
- 83 *Ella escribió clariblanca...*
- 85 IX. El texto vuelve sobre sí...
- 89 X. La ciudad que habito...
- 93 XI. La tersura del polvo...
- 95 XII. *Navega navegadamente...*
- 
- 101 Aquí un blanco retumbando...
- 103 *¿Qué recuerdas de Siena?...*
- 107 XIII. Brevísimo anacoluto...
- 109 XIV. ¡Quién tuviera alguna vez tus labios...
- 113 XV. En el blanco despierta...
- 115 XVI. Cierra los ojos...

- 123 “La letra es el hueco”...
- 125 *Ella que fui yo garabatea...*
- 127 XVII. La hoja es una balsa...
- 129 XVIII. La pluma ostenta...
- 133 XIX. Mentiría, la caligrafía rectilínea...
- 137 XX. Detén el paso, respira...





*Angostura: en defensa del leer*, de Mariana Bernárdez, se terminó de imprimir en Septiembre 2021, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 500 ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Adobe Caslon Pro, de Carol Twombly, de la Fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz e Irma Bastida Herrera. Formación y portada: Irma Bastida Herrera y Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Frida Sofía Mendoza de la Luz y la autora. Supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Editor responsable: Félix Suárez.